



NARRACIÓN Y BARBARIE: GB84 Y LA MILITANCIA FEMENINA EN LA HUELGA MINERA DE 1984

Sergio Pérez Corchete.

sergip11@ucm.es

Universidad Complutense
de Madrid (España).

Graduado en Sociología
por la Universidad de
Salamanca. Máster en
Filosofía de la Historia,
Democracia y Orden Mundial
por la Universidad Autónoma
de Madrid. Investigador
predoctoral en el
departamento de Filosofía
de la Universidad
Complutense de Madrid.

La/s autoría/s declara/n que
no existe conflicto de interés.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6658-3259>

R ESUMEN

La huelga minera de 1984 fue un hito que marcó un antes y un después en la historia política de la clase obrera británica y europea. El presente texto trata de analizarla para el presente a través de un dispositivo autonarrativo: la novela de David Peace GB84, y de una perspectiva: la de las mujeres de las comunidades mineras. El comportamiento de este colectivo en un imaginario de conflicto obrero típicamente masculinizado revela un papel de sostén material, anímico y moral central para el despliegue de la huelga, así como una contribución a la creación de dispositivos narrativos y organizativos novedosos y significativos. Se trata de problematizar la imagen de la mujer despolitizada y aislada en el núcleo familiar que llega a la huelga, participa lateralmente en ella y vuelve al hogar después de la derrota, así como de reflejar sus dudas, sus miedos y su efectiva construcción positiva de herramientas organizativas a través de la personalización de lo político, que no cupieron en las instituciones clásicas del movimiento obrero y que construirán un sentido metodológico en términos lukacsianos.

Palabras clave: mujeres, narración, organización, huelga, trabajo.

A BSTRACT

The miner's strike of 1984 was a turning point in the political history of the British and European working class. This text tries to analyze it for the present through a self-narrative device: David Peace's novel GB84, and through a particular perspective: that of women of the mining communities. The behavior of this group in a typically masculinized workers conflict imaginary reveals a role of material, moral and emotional support, as well as a contribution to the creation of novel and effective narrative and organizational devices. It is a question of problematizing the depiction of the unpolitized and family-isolated woman who arrives at the strike, participates laterally in it and returns home after the defeat, as well as reflecting their doubts, their fears and their effective and positive construction of organizational tools through the personalization of the political, which did not fit into the classic institutions of the working class movement and which will build a methodological sense in Lukacsian terms.

Keywords: women, narration, organization, strike, work.



1. INTRODUCCIÓN: ¿EN QUÉ PENSAMOS CUANDO PENSAMOS EN UN MINERO?

La minería ha solido vincularse a un imaginario estereotípico muy concreto reproducido durante generaciones y que, aunque con cambios, llega hasta nuestros días. Esta imagen ha estado tradicionalmente dotada tanto de atributos épico/míticos como de otros rasgos más castigados y duros (Ayala, 2009). Todos tenemos en la cabeza la imagen del minero como un hombre rudo y sacrificado, cabeza de familia y en general dotado de todos los atributos con los que se solía identificar al obrero “de mono azul”. La estampa ofrecida por la minería era, al menos durante algún tiempo, la de un trabajador duro que formaba parte de un sector no muy atractivo, pero bien remunerado tanto en la fase activa como en la pasiva, una idea que sin duda está en reconstrucción pero que en ocasiones podía resultar conflictiva (Hernández & López Rodríguez, 2017).

Uno de los denominadores comunes más obvios de este tipo de descripciones es la condición masculina de los trabajadores tradicionalmente ocupados en la mina. Las características del propio trabajo eran codificadas como masculinas, y masculinos eran los atributos que allí forjaban la identidad y la subjetividad de los trabajadores. Esta circunstancia tiene causas profundas imbricadas en la estructura misma de la división sexual del trabajo y en la organización de los atributos del género, cuyo abordaje sin embargo nos llevaría ahora demasiado lejos. Basta de momento con hacer notar que esa expulsión femenina de la ocupación minera no ha existido únicamente de manera implícita, sino que ha cristalizado en la documentación oficial. Sin ir más lejos, el convenio 45 de la OIT, que entró en vigor en 1937, declaraba en su artículo 2 que “en los trabajos subterráneos de las minas no podrá estar empleada ninguna persona de sexo femenino, sea cual fuere su edad” (OIT).

La mina, así, ha conformado comunidades en las que el rol productivo solía recaer en los hombres, mientras que las mujeres adoptaban el rol reproductivo al interior del hogar y en los espacios privados. Insistimos en la idea de comunidad, puesto que las minas afectan a todo “el pueblo”, constituyendo

en muchos sentidos una parte fundamental del self comunitario al hacer a todos dependientes de la actividad minera, y por lo tanto arraigando unas identidades particulares para todos los elementos de su espacio social. (Hernández & López Rodríguez, 2017). Las minas, como en otros casos las fábricas, aparecen en sus entornos como grandes centros catedralicios, magnéticos, como un ojo que todo lo ve y a quien todos ven, una montaña que vigila desde arriba o un abismo que amenaza desde abajo, que permea todos los sentidos en la vida cotidiana y por tanto deja su huella también fuera de su propio espacio físico. En las comunidades la mina se siente: todos la ven, todos la huelen y a todos se les queda pegado su olor. Sus pulmones también la recuerdan, y sus oídos evocan su sonido y el de las toses crónicas de muchos de los que trabajan o han trabajado allí, y de aquellos que mueren o morirán por la señal con la que el trabajo los marca para siempre. Sus ojos recuerdan su oscuridad, y sus manos callosas son un recuerdo perenne de su tacto. Por todo eso que se extiende también fuera del trabajo, y todo lo que omite o impide, la mina es capaz de generar ecosistemas propios fuera de sí misma y configurar todas las texturas de la comunidad en la que se inscribe.

Estas comunidades se caracterizaron durante algún tiempo por una movilización sindical y política particularmente acentuada, que se vio acrecentada con los procesos de reconversión y cierre de minas. La historia reciente nos nutre de cuantiosos ejemplos a este respecto, pero en este trabajo nos centraremos esencialmente en uno: la huelga de los mineros británicos de 1984. Este conflicto es ampliamente conocido por el papel clave que jugó para la política británica y para el traumático proceso que la primera ministra, Margaret Thatcher, llevó a cabo en unos espacios que prácticamente sumió en estado de guerra. Resulta difícil exagerar el profundo impacto que su ataque a las comunidades mineras y a los sindicatos a ellas asociadas –y en especial, en este caso, al NUM (National Union of Mineworkers) –causó en la sociedad británica.

Las investigaciones a este respecto han sido profusas y de muy diversa índole. Por eso el punto en el que centraremos la atención dentro del vasto y complejo territorio del conflicto será el del papel que en él tomó un sujeto, como hemos visto, a menudo desplazado de las consideraciones en la normalidad y en la contienda: el sujeto femenino. Como decíamos, el sector minero está fuertemente masculinizado, pero esto no nos debe llevar a pensar que los hombres eran los únicos actores en disputa. En tanto que los programas de cierre de minas ponían en jaque a la comunidad entera que vivía a su sombra, y el trabajo femenino en la vida comunitaria era esencial, la amenaza a las minas se concebía como una amenaza a los mismos cimientos de su modo de vida y su identidad. Esto pudo generar ciertos movimientos subterráneos que, de modo más privado o más público, actuaban para todos como disparadero de emociones como el miedo, la angustia o la rabia, consecuencia de la circunstancia y las posibles implicaciones en términos relacionales de las reconversiones (Bericat, 2000).

Es esta situación, sus mitos y sus recovecos, la que exploraremos. Para ello, nos apoyaremos en algunas referencias directas de la novela de David Peace *GB84*. Esta novela negra narra de un modo oscuro, fragmentario, obsesivo y áspero la huelga durante el largo periodo de tiempo en el que se extendió. La novela explora los hechos desde distintos puntos de vista: a veces en un bando, a veces en el otro; unas veces en los altos mandos, otras veces en los intersticios y en las cloacas, y otras en las desgastadas vidas de los mineros de a pie. Son estos últimos fragmentos los que resultan más interesantes de cara al objetivo del presente texto: aunque la mayoría de los protagonistas y las voces son masculinas, la vida cotidiana de los mineros revela dependencias, contradicciones y procesos relacionales que, de forma a veces imprevista y casi inconsciente, nos muestran la relevancia clave de las mujeres en la vida de la comunidad, pero también en la marcha de la protesta.

Comenzaremos, por tanto, contextualizando esta huelga para después recorrer algunas reflexiones sobre el papel femenino en el conflicto a través de la novela de David Peace.



2. HAUNTOLOGÍA DEL PASADO: QUÉ FUE LA HUELGA DE 1984.

La líder conservadora Margaret Thatcher había ganado por mayoría aplastante las elecciones en 1983. A pesar de que un año antes había sufrido un fuerte revés en las encuestas, la ya por entonces primera ministra se vio aupada por el fervor nacionalista desatado tras acontecimientos tan aparentemente dispares como la guerra de las Malvinas o la boda del príncipe Carlos con Lady Diana Spencer en 1981. El ejecutivo incidió en una fuerte agitación del sentimiento patriótico, elemento que, junto a algunos otros, llevó a Thatcher a reeditar su mandato en las elecciones de 1983, a pesar del creciente descontento por el alto desempleo y la agitación urbana (Todd, 2018).

A partir de entonces, el gobierno conservador se replegó y se dedicó a enfrentar lo que célebremente dio a conocer como “the enemy within”, a saber, la clase obrera organizada. Ya en 1982, la Ley de Empleo había asestado un duro golpe a los sindicatos, al prohibir su actividad en una empresa a no ser que fuese precedida por una votación secreta y acordada por amplia mayoría de los empleados. Con la prohibición de la conocida como doctrina del “taller cerrado”, que declaraba que todos los trabajadores en una empresa debían unirse a un sindicato concreto, se dificultó enormemente la capacidad de los trabajadores de decidir rápidamente el momento en que usar su poder, diluyendo en la práctica la capacidad de los trabajadores sindicados (Todd, 2018).

Todos sabían que se venía formando un caldo de cultivo que auguraba problemas, pero el *casus belli* que desató la huelga fue el anuncio fechado en febrero de 1984 por parte Ian MacGregor, el director del NCB (el Consejo Nacional del Carbón): un plan de largo recorrido para cerrar veinte minas y destruir unos 20.000 empleos ligados a ellas. El recelo, sin embargo, era antiguo, y la respuesta a la consabida potencia de los mineros se preparó con minuciosidad. Entre otras cosas, el gobierno, previendo el conflicto y decidido a tomar la revancha por las huelgas perdidas en 1972 y 1974 frente al NUM que derrocaron a los conservadores una década antes, había hecho acopio de carbón en las centrales eléctricas, de

tal manera que los mineros tuvieron que esperar meses antes de que la huelga comenzara a afectar al suministro energético del país (Darlington, 2014). Del mismo modo, hoy está firmemente documentado que, una vez iniciada la huelga, el ejecutivo autorizó el uso de abundantes métodos abusivos para derrotar a los mineros: “invasiones” policiales masivas a caballo en pueblos mineros para provocar enfrentamientos, financiación secreta de elementos rompehuelgas, vigilancia electrónica masiva, manipulación por parte de provocadores o montajes contra los representantes mineros para fomentar su descrédito público fueron algunas de las herramientas de las que se valió en ese momento el gobierno de Thatcher (Milne, 2018). Todo valía en la guerra declarada al enemigo interno.

Muchos autores han puesto de relieve que, a pesar de la insistencia de la primera ministra en el famoso lema “no hay alternativa”, en términos económicos inmediatos el cierre de las minas no era autoevidente: incluso si eran tan poco rentables como argumentaba el NCB, el desempleo resultante de la aplicación del plan obligaría a financiar de golpe una enorme cantidad de pensiones de jubilación, miles de indemnizaciones por despido y gastar millones en prestaciones para desempleados. Sin duda, era más barato mantener los empleos en las minas, por lo que un plan de cierre de esa clase parecía contener, además, motivaciones políticas (Glyn, 1985). Con las cartas sobre la mesa, el 12 de marzo de 1984 el histórico presidente del NUM, Arthur Scargill, convocó la huelga nacional en oposición al cierre de minas.

El acontecimiento fue todo un hito en la historia reciente de Gran Bretaña, pero los británicos no fueron los únicos afectados. El desarrollo y el legado del conflicto trascendió las fronteras de las islas. El movimiento obrero internacional siguió la huelga con atención, y la entendió como la encarnizada representación de una lucha de clases heroica que ponía sobre la mesa los ideales socialistas de unidad, conciencia política, altruismo y determinación de triunfar contra las circunstancias. Se puso en marcha toda una mitología de la huelga, que tiene su parte de relato masticado hacia el exterior dada la necesidad de enviar un mensaje unificado y fácilmente legible tanto a los medios como a la población en general, habida cuenta de las circunstancias de una huelga que paralizó al país entero y tuvo un potente componente político y propagandístico (Spence & Stehpen, 2007).

Este relato no sólo conformó lo que hoy entendemos como el desarrollo formal de la huelga, sino que también moldeó el autoentendimiento de los contendientes. En el bando de los mineros, se asentó una imagen que caracterizaba la lucha de los pueblos mineros como pequeños islotes de resistencia gala fuertemente amenazados por el cierre de la mina local en los que, como hemos visto, el hombre desempeñaba el rol productivo en la mina y la mujer ejercía el reproductivo en el hogar.

El estallido de la huelga, por su magnitud, habría provocado un proceso de politización importante en las comunidades mineras, que plantaron cara de manera masiva al desafío thatcherista. Exploraremos a continuación todo este proceso, prestando especial atención a las particularidades de una porción femenina de la población que, como veremos, sufría también y de una manera muy especial la dislocación social que pronosticaba el cierre de las minas. Lo haremos a través de algunos fragmentos de la novela *GB84*, que son capaces de ilustrar y reflejar muchos de estos elementos. En la medida en que el conflicto también fue una contienda narrativa en la que la autoimagen, la potencia del relato propio y ajeno y su reflejo en los medios de comunicación de masas jugaron un papel central, el acercamiento al conflicto a través de una novela tiene un sentido metodológico: no se trata de la descripción periodística de un suceso, sino de la extensión tentacular del acontecimiento mismo, de su propia reflexividad ontológica, que da cuenta aún hoy de sus tensiones, de sus pervivencias, sus estratos y sus restos fantasmáticos, sus espectros. Se trata, en definitiva, de una herramienta metodológica que puede caracterizarse como *hauntológica*, en la que los espectros que nos acechan son diversos: la violencia, la oscuridad y el juego sucio, que se expresan particularmente bien en la novela de Peace, fueron parte fundamental del conflicto y de su extensión en el presente. Pero también los sujetos políticos, sus fórmulas de contención y de ofensiva y aquello que atisbaron pero no pudieron cumplir continúa siendo un objeto fértil.



3. EL PAPEL DE LAS MUJERES EN LA HUELGA BRITÁNICA DE 1984: AFECTOS Y OLVIDO

La minera ha solido entenderse como una movilización dotada de una fuerte implantación institucional, apoyada en partidos y sindicatos que le otorgaban un marco en torno al cual estabilizar sus protestas, organizarlas y transformarlas en demandas y estrategias planificadas inscritas en las instituciones públicas de la vida local. Estas instituciones, preocupadas por cuestiones como la educación, el bienestar, la vivienda o el ocio fueron patrocinadas y organizadas especialmente alrededor del sindicato de mineros y de la industria nacionalizada (Waddington, Wykes, & Critcher, 1991). En este contexto, la actividad femenina parece difícil de articular. Como hemos visto, las mujeres se hallaban tradicionalmente desplazadas de la vida sindical al no estarles permitido el trabajo en la mina, cuestión que en el caso británico se regulaba desde la Ley de Minas de 1842 (Stephenson & Spence, 2012).

Con todo, es difícil sostener que las mujeres no tuvieran un papel fundamental en muchos aspectos clave de la huelga minera de 1984. Como cuenta Selina Todd (2018), si la huelga duró tanto tiempo como lo hizo, casi un año entero, fue en gran parte gracias al apoyo que recibieron los mineros desde dentro y fuera de sus comunidades. Al interior de estas, su mayor apoyo fue el de las mujeres, muchas de las cuales no habían participado previamente en el activismo político pero que conformaron un núcleo polifacético y esencial de sustento, a menudo de manera literal. Las llamadas “esposas de los mineros” se autorreconocían en estos mismos términos incluso a pesar de que, dada la simpatía que la causa minera generó en una parte de la población y las mismas características específicas de las mujeres cercanas al movimiento en ese momento, no todas eran estrictamente las esposas de los mineros en huelga. La etiqueta de “esposas de los mineros” fue más bien una estrategia para utilizar de modo políticamente conveniente los roles femeninos de las comunidades mineras tradicionales como lugar de referenciación de los términos de su actividad de cara al mensaje a transmitir. Esa denominación era un recipiente que, más que determinar la identidad de las participantes en relación de sus esposos, la conectaba con un nódulo de significados sobre su posición de clase, la camaradería con los hombres en huelga y la relación con la lucha de clases en torno a la minería (Spence & Stehpenson, 2007).

La batalla ofrecida por las mujeres en la huelga, sin embargo, no fue exactamente como la masculina, y adquirió dimensiones que a menudo iban más allá del activismo público. Incluso en ocasiones las mujeres jugaron un rol ambivalente respecto de la huelga. No siempre fue sencillo compaginar el compromiso con la causa y las rupturas de expectativas, los sacrificios y las penurias sin un horizonte a la vista. Todos estos huecos son los que trataremos de explorar, pasando por el sufrimiento y la ambivalencia de una parte de las comunidades mineras, y muy particularmente de las mujeres. Después, analizaremos algunas expresiones de activismo público femenino que forman parte del paisaje de la novela, y acabaremos hablando de la batalla invisible de las mujeres en el ámbito privado y su papel fundamental en el sostenimiento de las estructuras sentimentales de la huelga y de la actividad misma de sus participantes.

3.1 La otra oscuridad: ambigüedades y ficciones de la movilización

La huelga de los mineros obtuvo unos apoyos excepcionales y movilizó a una enorme cantidad de población a lo largo de las comunidades mineras británicas. Sin embargo, ni todo el mundo se politizó con la huelga, ni todos la apoyaron incondicionalmente, ni esta efervescencia se mantuvo, al menos en los mismos términos, al terminar la huelga. Algunos autores manifiestan que, de hecho, el impacto de la huelga en la conciencia política de los involucrados había sido exagerado (Waddington, Wykes, & Critcher, 1991).

Dando un paso más allá, había elementos de las comunidades mineras que, desde el principio, fueron reticentes a la huelga. Esta circunstancia se nos muestra en GB84 ilustrando el caso de la esposa de uno de los dos mineros a través de los que vivimos un relato ininterrumpido de la huelga desde la base de las comunidades. Cuando, al inicio, se empieza a ver claro que se decidirá hacer huelga, Cath, la mujer de Martin –uno de los mineros militantes del NUM– recibe la noticia con hostilidad y dolor. Se nos muestra a Cath llorando, cada vez más lejana a Martin. Aunque se reconoce como parte de la alteridad contra la que se afana Thatcher: «Cath se enjuga los ojos. Cath mira la televisión. Esa mujer (Thatcher) nos odia, dice Cath», es refractaria al sindicato y a todo lo que tiene que ver con la huelga: «Cada vez que él (Arthur Scargill, líder del NUM) aparece en las noticias, ella apaga la tele (...) ciegos, grita ella. Estáis todos ciegos (...) te pagará mientras vayas al piquete para él, (después) no le servirás de nada. A ver cuánto te paga entonces». Al otro lado de esta doble desconfianza vemos también cómo la acción del gobierno ahogaba los proyectos y las expectativas de Cath. Al tratar de ir en coche a casa de su hermana, la policía les hace parar y dar la vuelta. «¿Por qué no podemos ir? Tengo motivos para creer que pueden representar una amenaza para el orden público. No puede hacernos esto, repite Cath». Lo cierto es que ella tenía motivos para sentir frustración y miedo: entre algunos de los oscuros métodos policiales que relata la novela, se especula con chivatazos de los esquirolas a la policía acerca de las direcciones de los mineros que estaban en huelga, y el posterior pago a mercenarios que acosaban las viviendas y hacían llamadas amenazantes a las mujeres mientras ellos estaban en el piquete. No sólo eso, sino que en cierto punto se encuentra con que, en el transcurso de un piquete, dejan a Martin inconsciente y con el cráneo fracturado. La reacción de Cath es tal que cuando su compañero del sindicato, Pete, va a verlo a su casa, ella aparece en la puerta con una cazuela hirviendo. «Eso es lo que piensa de nosotros. De este puñetero sindicato. De esta huelga de mierda». Pero incluso cuando, en un momento dado, Cath acude con convencimiento a una manifestación masiva en Mansfield –a la que nos referiremos más tarde y que refleja uno de los no muy abundantes momentos de optimismo de la novela– termina por mostrar una decepción fatal cuando este evento aparece en la televisión tergiversado con evidentes recursos dirigidos a la criminalización de la protesta: «Apago la tele. Mentirosos. Cath está llorando. Malditos mentirosos...».



Su desaliento y su recelo nos revela un enorme desasosiego nacido de la desconfianza tanto de la amenaza externa, representada por el gobierno, como de las estructuras clásicas de representación obrera que ella no parece sentir como propias, a pesar de que se reconozca en la causa. Y es que incluso para las mujeres que se organizaron activamente en política durante la huelga, este tipo de estructuras no terminaron de resultar acogedoras. Al término del conflicto, se esperaba que el NUM continuase alentando los grupos de apoyo –con gran presencia femenina– que se desarrollaron durante la huelga, y de hecho al principio se mantuvo el apoyo para campañas ligadas a ganar miembros para el sindicato. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos de Arthur Scargill, en 1985 se reclamó, en consonancia con las reglas sindicales, el rechazo de la membresía asociada a nivel nacional. Algunos piensan que, dada la propia naturaleza industrial y limitada del NUM, esta decisión era de algún modo inevitable (Spence & Stehpenson, 2007), pero en cualquier caso evidencia las limitaciones de algunas estructuras tradicionales para absorber el impulso social que generó la huelga.

Cath, por tanto, siente esta desconfianza inicial respecto al sindicato y sus representaciones, un rechazo que explicita de manera hostil frente a Martin, su marido, durante varios momentos del libro. La situación alcanza un punto tal que el hogar tan solo llega a un breve oasis de paz cuando Martin, a la vista de la tensión creciente, le propone a su mujer pasar un fin de semana fuera y alejarse de los piquetes. Se produce una escisión notable entre los momentos felices, la vida buena, y la inevitable y oscura realidad de vuelta a la precaria situación vital de la huelga y las protestas.

Y es que Cath, al tiempo que tiene un empleo agotador, se ocupa paralelamente de la realización de las tareas del hogar: «Esta semana me toca hacer piquete otra vez en el turno de noche. A Cath le han dado más horas en la tienda. Nunca nos vemos». Además, en una de las muchas escenas del libro en las que se muestra el comportamiento matonesco de la policía británica hacia los mineros, un agente que ha llevado a Martin a comisaría después de arrestarle en un piquete le inquiere: «¿Qué opina tu querida Cath de todo esto? (...) Ella te mantiene, ¿no? (...) Tú estás aquí detenido mientras ella trabaja en dos sitios para que tengas comida y cerveza...para que puedas ir a infringir la ley». Pero el caso de Cath no es excep-



cional. La novela hace mención algunas veces más a otras mujeres que trabajaban, y a la situación algo menos penosa de esta clase de familias. Cuando Peter, el otro minero del NUM que alterna con Martín la narración del conflicto, encuentra a otro trabajador al que intenta convencer de unirse a los piquetes, observa: «Su mujer trabajaba. En una fábrica de envasado de Rotherham. Así que no estaba tan mal como otros».

Aquí encontramos un punto interesante: Cath y otras mujeres de la comunidad trabajan, sus vidas no se restringen tan solo al ámbito del hogar local de la comunidad minera y son capaces de generar una (ciertamente pobre) independencia económica, pero al mismo tiempo continúan haciendo las tareas del hogar. Esta imagen no encajaría del todo con el prototipo de “mujer minera” popularizado en los lugares comunes. Estos estereotipos nacían de una comprensión histórica de las condiciones estructurales reales de los pueblos mineros tradicionales, y de hecho otorgaron cierta “autenticidad” a la lucha de las mujeres (Spence, 1998) pero en el año 1984 esa forma de existencia femenina unitaria en las localidades mineras ya no era total: la apelación al estereotipo era en cierto modo un dispositivo narrativo, de autoficción. Era más probable, según señalan algunas autoras, que las esposas trabajasen a tiempo parcial o completo y sus vidas no estuvieran limitadas a la vida doméstica, mientras que otras mujeres, a menudo las abuelas, se ocupaban de según qué tareas domésticas (Spence & Stehpenon, 2007).

Esto entronca con un contexto real ciertamente heterogéneo que no se reducía tan solo a pequeñas comunidades y su mina local. Muchas minas habían cerrado ya en Gran Bretaña, reduciendo el empleo minero de 600.000 en 1931 a 269.000 en 1981 (Hudson & Townsend, 2005). Esto significaba que a menudo los mineros debían recorrer largos caminos para llegar a sus lugares de trabajo, lo que hacía que las mujeres no necesariamente tuvieran unas comunidades locales a las que recurrir. Como vemos en la novela, también algunas mujeres que trabajaban en fábricas debían recorrer algunas distancias para acudir a sus empleos.

A pesar de esto, sí es notable que las preocupaciones de las mujeres hacia la huelga a menudo reflejaban sus propias preocupaciones como miembros del hogar, esposas y madres. Esto llevaba a muy diversas formas de reaccionar ante la amenaza. Cath responde de modo adverso al ver amenazados algunos proyectos vitales atenazados por el impacto de la huelga: «Mil libras por cada año de trabajo. Cobraríamos quince mil, dice Cat. ¿Y qué compraríamos con eso? Paz y tranquilidad, dice ella». «Salgo al jardín (...) Habíamos hablado de poner un patio este verano. Una terraza». Pero no sólo eso: la necesidad galopante de “recuperar su vida”, que parece añorarse ante la sola expectativa de su pérdida, es un vector fundamental para muchas mujeres que, una vez derrotada la huelga, se repliegan políticamente. Las expectativas de género (Allen, 2001) o el colapso de los mecanismos y las mediaciones que durante la huelga apoyaron su participación, como el cuidado de los niños y los gastos de viaje, contribuyeron a la disgregación de su movilización en el momento en que los problemas compartidos tornaron de nuevo personales (Shaw, 1993).

Esto nos lleva a una muy particular forma de entender la clásica dicotomía entre lo personal y lo político. Frente a esta diferenciación, algunas autoras (Spence & Stehpenon, 2007) nos hablan de que el proceso de politización femenina que acompañó a la huelga no recorrió necesariamente un camino recto desde lo personal, lo privado, el terreno en el que se moverían las mujeres antes de la huelga, y lo político, un terreno de ambiciones más grandes al que llegarían después. Más al contrario, no existe evidencia de que las preocupaciones personales fueran descartadas en este proceso, o incluso de que no se entendieran ya intrínsecamente como una cuestión política.

Teniendo esto en cuenta, algo en lo que ahondaremos un poco más cuando hablemos del trabajo afectivo e invisible de las mujeres en la protesta, repasaremos ahora algunos momentos en los que la novela pasea por las representaciones públicas de la movilización femenina, entendiendo esto como los momentos en los que se optó por recursos activistas abiertamente públicos y visibles.



3.2 Visibilidad y herramientas: las acciones públicas

Como hemos visto, a pesar de que una cifra no desdeñable de mujeres afrontaron la huelga y sus manifestaciones explícitas con algunas desconfianzas, muchas participaron de forma activa en la huelga inscritas en el marco de las organizaciones y tomando parte en diferentes eventos y actos públicos con unas consecuencias a menudo poco valoradas.

Podemos hablar aquí de que, a pesar de lo dicho, algunas mujeres sí eran miembros del NUM (Seddon, 1987) o del Partido Laborista, y que muchas de las que previamente se hallaban inscritas en este tipo de estructuras continuaron en ellas activamente organizadas después de la huelga (Suddick, 2005). Sin embargo, siendo conscientes de estos hechos que hasta cierto punto impugnan la narrativa de la vuelta al territorio privado desmovilizado por parte de las mujeres después de la derrota, nos centraremos, de nuevo a través de la novela, en acciones concretas y manifiestas que se daban en diferentes tipos de eventos, y que tenían enormes consecuencias afectivas y materiales.

En primer lugar, por la repetición y la importancia de estos eventos en el libro, parece importante remarcar que los momentos de catarsis general producidos en grandes eventos en los que el movimiento obrero se da cita de modo casi ritual, a menudo son aquellos eventos públicos en los que, inusualmente, están presentes las mujeres. Nos referimos, por ejemplo, a un momento muy temprano del relato en el que, tras el asesinato de uno de los manifestantes en una de las primeras manifestaciones de la huelga, se produce una inmensa conmoción que cristaliza en un funeral masivo. A este funeral, cargadísimo de significación, acuden todos los “peces gordos” del sindicato, pero también muchas mujeres y niños que les acompañan por las calles. Ese trágico momento funciona como una auténtica catarsis colectiva. La emoción aflora hasta en los mineros más rudos:

hombres con lágrimas en los ojos. Hombretones: Pete, Geoff, yo. Es duro...dos niños. Ahora huérfanos sin padre. (...) el padre del chico muerto le ha dicho (a Scargill) que bajo ningún concepto debemos rendirnos ahora. Debemos luchar para salvar nuestras minas y nuestros empleos porque su hijo dio la vida por ello.

El evento da lugar a una cascada emocional que genera un torrente de afianzamiento de lealtades y de adhesiones. Puede que en esta ocasión las mujeres no ejerzan un rol demasiado activo, pero su presencia en el evento es un detalle no menor.

Otro de esos grandes acontecimientos sucede en la gran manifestación de Mansfield a la que ya nos hemos referido más arriba. Este momento llama especialmente la atención porque por un momento se olvidan las penurias compartidas y todos los presentes parecen conformar una unidad dispuesta a la ofensiva, y no sólo movilizada en defensa de sus minas. «Podemos cruzar fronteras que jamás hemos soñado cruzar. No sólo podemos detener el cierre de las minas; podemos instaurar el socialismo». Visto en retrospectiva, quizá por la trágica inocencia de aquel oasis vital, pero también porque de modo muy excepcional se nos muestra el lugar donde se abrió una pequeña ventana de oportunidad no muy usual por la que imaginar el futuro, esta escena resulta especialmente emocionante. En la novela, esta manifestación se destaca por un motivo:

Han venido la mayoría de las mujeres (...) Vamos en autocar. Nos lo pasamos bomba. Cantamos un montón. (...) desfilamos por el centro de la ciudad. Muchos de nosotros con la cabeza bien alta de orgullo. Cogido de la mano con Cath. (...) La gente de la ciudad sale a darnos la bienvenida. Nos aplaude. Nos grita palabras de ánimo. Sólo treinta mil hombres, mujeres y niños normales y honrados.

La manifestación es uno de los pocos momentos en los que vemos a Martin y su esposa Cath en sintonía entre sí y con la causa. Pero la presencia femenina es, de nuevo, fundamental en la generación de un espacio de apoyo social que en ese momento está en crecimiento. La generación de afectos, de afinidades en torno a las cuales articular un relato y una imagen hacia fuera es también un acto de autopropaganda. “Normales” y “honrados” son las dos palabras que Martin utiliza y que se derivan de la idea de que lo que hay allí no son unos cuantos exaltados, sino familias, gente normal que ha seguido el camino vital que se supone que tenían que seguir sólo para encontrarse con su expulsión de un tejido social concreto del que forman tanta parte como él de ellos. La participación de las mujeres aquí, igual que en otro tipo de movimientos más agenciales que veremos después, facilitó la movilización de un amplio espectro de simpatizantes que no estaban directamente alineados con la minería (Spence, 2010).

Si hablamos de algunas estructuras que cumplieron un papel más agencial dentro del espacio femenino, no podemos olvidar los llamados “grupos de acción femeninos”. En la novela, estos grupos de mujeres aparecen en varias ocasiones, casi siempre de forma indirecta. Por ejemplo, la actividad del grupo se nos aparece cuando Pete, que trabaja en el centro de servicios sociales donde, entre otras cosas, el sindicato reparte comida a las familias mineras y ciertos subsidios de huelga, observa: «Entonces fui al centro de servicios sociales y vi la cola. Sería el doble de grande si no fuera por el Grupo de Acción Femenino y la gente de los Servicios Sociales...». La tarea de preparar los paquetes de comida que se mandan a las familias en huelga se vuelve a mencionar más tarde como parte del paisaje pero de modo muy consciente, como un elemento en cierto punto asumido en el ambiente de solidaridad comunitaria pero de importancia fundamental.



Además, en otro momento podemos ver cómo estos grupos también participan activamente en las manifestaciones masivas de los mineros:

La moral estaba alta. Hoy está aquí la mayoría de la gente (...) Mujeres del Grupo de Acción. La mujer de Pete reparte silbatos a todas las chicas. Armarán un buen jaleo. Todo el mundo sabrá que estamos aquí. Sabrán por qué estamos aquí.

Este fragmento plasma de un modo perfectamente alegórico el triple papel de las mujeres en su incursión en la esfera pública de la huelga; a saber, un papel activo y comprometido con la camaradería y las movilizaciones, un papel simbólico, propagandístico y de altavoz de la causa minera elevada a una causa social de mayor escala, o al menos más profunda y por tanto de una conexión más estrecha con los sectores ajenos a la minería y a las movilizaciones tradicionales, y una labor de cohesión y movilización interna que contribuía de forma esencial al mantenimiento de la “moral alta”, entre otras cosas.

Precisamente esta última dimensión, la del trabajo hacia el interior de las comunidades y el movimiento, lo podemos ver en otro pasaje. En las navidades de ese año tan convulso se hace especial énfasis en la celebración y la recarga emocional que suponía un breve espacio de comodidad y camaradería despreocupada. Mery (mujer de Peter) le comenta además a su esposo que han estado horas preparando sándwiches para los niños. Se genera, de nuevo, un entorno íntimo de calidez y cuidado que es muy poco frecuente en la novela y en la situación de penuria que se vivía en esas fechas, pero que, cuando sucede, corre a cargo de las mujeres.

En cierto modo, podría decirse que algunas de las actividades que realizaban estos grupos de acción estarían reforzando la tradicional división del trabajo por género en el entorno masculinizado de los mineros. Sin embargo, dado que se llevó a cabo en la esfera pública y en apoyo de una lucha política, también desafió la dicotomía entre trabajo emocional y político a la que ya nos hemos referido. Las mujeres pusieron de relieve y legitimaron los aspectos subjetivos e interpersonales de la lucha política, lo que podría leerse como una personalización de lo político más que como una politización de lo personal (Spence & Stephenson, 2007). Era precisamente a través de las preocupaciones personales en el seno del hogar que el apoyo emocional a los maridos y la necesidad de proteger y cuidar a sus hijos se ponía en contacto con los otros y se transformaba en una red comunitaria de apoyos afectivos, organización de comedores, distribución de alimentos, regalos de navidad... (Todd, 2018). Esta conexión emocional entre mujeres iguales fue fundamental a la hora de mantener su participación en el conflicto (Roth, 2005).

Nos queda por explorar un último punto, que tiene que ver precisamente con la dimensión fundamental que venimos intuyendo a lo largo del trabajo: el rol afectivo, el trabajo invisible de las mujeres en la huelga.



3.3 Trabajo subterráneo: el sostén invisible del cuidado

Como hemos ido sosteniendo a lo largo del trabajo, la dimensión femenina de la movilización minera tuvo unas características propias que no pueden ser entendidas completamente en los mismos términos que usamos para aprehender tradicionalmente la mayor o menor movilización de un sector de la población. Si en algo destacó el trabajo femenino fue en ese rol invisible de los afectos, de la moral y el cuidado, que algunos sectores en algunos momentos pudieron llevar a una esfera pública más mediatizada de modo que produjo interacciones muy fructíferas con los modelos clásicos de lucha obrera. Si bien es posible sostener que ambos modelos son de una importancia crucial, no podemos sino admitir que la naturaleza de la activación política femenina esconde un ensanchamiento de la subjetividad con potencialidades aún por explorar en el ámbito de la lucha social, pero que resulta enormemente prometedor. En esta línea se enmarcan algunos de los fragmentos del libro más interesantes y de los que es posible extraer las lecciones más fértiles para la construcción de modelos de emancipación social.

Uno de los recursos más interesantes que a este respecto encontramos es el álbum de recortes que aparece de forma recurrente a lo largo del libro. Lo confecciona Mary, la mujer de Peter, como una manera de recordar, según se suceden los acontecimientos, aquello que *realmente* sucedió en la huelga de la minería. La idea era rellenar el álbum con recortes de prensa, y escribir debajo lo que en *realidad* había ocurrido. El título que Mary le asigna es “La verdadera historia de la gran huelga por los puestos de trabajo” Este instrumento, en determinados terrenos, resulta alegóricamente muy potente. El inicio de este álbum, que Peter repasa en algún momento de derrota, es de una enorme potencia afectiva. Acompañando a las fotos de las primeras manifestaciones en Sheffield, como si se tratase de un grito colectivo, se refleja: «Ganaremos, ganaremos». Peter revisa el álbum con emoción incluso antes de terminar el conflicto, y lo hace porque es una *herramienta* genuinamente propia, un elemento que contiene los sucesos que conforman la piedra de toque de su nueva identidad marcada por las secuelas de la huelga. Además, al narrarse según suceden los acontecimientos, contiene al mismo tiempo la derrota y las potencialidades de aquello que pudo ser y no fue. Es, en cierto modo como lo es la propia novela, la construcción *in situ* de un imaginario propio. Las implicaciones teóricas de ese intento casi inconsciente, inercial, derivado del orgullo propio, de producir historia e imágenes a modo de contrarrelato, de generar un espacio inercial de referencia contrahegemónica, supera las intenciones de este trabajo, pero sí merece al menos ser tenido en cuenta.

Este lúcido intento conecta además con un fenómeno que, aunque no se narra directamente en el libro, sucede paralelamente a todo esto. Nos referimos a las producciones y publicaciones escritas que produjeron un puñado de mujeres activistas durante y después de la huelga. Este ejercicio, al igual que el del álbum, constituía una actividad práctica en apoyo al movimiento y en defensa de la comunidad, pero al mismo tiempo permitía a las mujeres afirmar sus lealtades políticas basadas en la clase a la vez que narraban los matices, complejidades y contradicciones del conflicto y daba sentido a una identidad en crisis dadas las amenazas mortales que se presentaban contra sus cimientos. Siguiendo a Raymond Williams, el acto mismo de escribir y construir un imaginario reflejaba un compromiso firme con su realidad y expresaba la intención de formar una voz colectiva que se articulase y desplazase más allá de las mismas condiciones de producción del texto. Siendo así, si la abrupta reestructuración económica no permitía buscar alternativas en ningún sentido, la única salida eran a menudo las seguridades encontradas en el espacio tradicional, ya fuera en términos de trabajo y camaradería, o de relaciones comunitarias y amistades (Stephenson & Spence, 2012). Sólo de esta manera, en el arraigo que es el motor de la propia reacción al agravio, se entiende que la identidad se tienda a “atrincherar” tras un marco de roles tradicionales, clase social y trabajo masculinizado, pero con formas de expresión novedosas (Castells, 2000).

Para terminar, la acción afectiva del trabajo femenino se entiende muy bien en la comparación entre Peter y Martin. Mientras que la mujer del primero lo apoya en todo momento, Cath no acaba el relato junto a Martin, que se hunde en una espiral de degradación y humillación en una casa sin muebles,

sin dinero y teniendo que acudir finalmente desesperado a casa de un Peter que lo recibe horrorizado. Traumatizado y exhausto, Martin repite algo enormemente revelador y sintético de todo a lo que nos estamos refiriendo: «Me han robado mi idioma».

En esta línea, la influencia femenina se deja notar de distintas maneras. No sólo en la capacidad de aguante de los huelguistas ante las penurias del conflicto, sino en el propio compromiso y resistencia emocional con el mantenimiento del paro. Así, en ciertos momentos parece intuirse que, entre los mineros, la falta de mujer es un factor de riesgo para “esquirolizarse”, chantajes y presiones de la compañía mediante: «Un par de ellos se habían quedado solos. Había habido una muerte en la familia o su mujer los había dejado. La compañía del carbón se había aprovechado de su debilidad y los había hecho volver».

En cualquier caso, son varias las referencias de los mineros a la suerte de aquellos que tienen familia y mujer, así como al papel de estas, reconocido por ellos mismos, en su mantenimiento, no solamente en lo referido a su unión grupal, sino a veces también en la misma subsistencia: «Nueve meses en los que sus mujeres han tenido que esforzarse para llegar a fin de mes. Nueve meses en los que sus mujeres han tenido que mantenerlos unidos...».

En definitiva, el trabajo interno de las mujeres, como venimos diciendo, tuvo un papel decisivo para el transcurso de la huelga y sin el que muchos mineros no habrían podido articularse como movimiento ni como individuos conformes a una identidad compartida. El papel cohesionador, aglutinador y cotidiano de la mujer y sus intentos por dar sentido a una situación que peleaba por robárselos todos, es, pese a su ninguneo teórico, enormemente relevante para comprender el conflicto que nos ocupa.

4. CONCLUSIONES. EL PROBLEMA DE LA HERRAMIENTA: HEGEL, LUKÁCS Y LA OBJETIVIDAD FEMENINA.

La huelga de mineros de 1984, en la medida en que fue considerado uno de los sucesos más importantes para la historia reciente de Gran Bretaña, ha sido un terreno fértil en torno al que han crecido toda clase de mitologías y relatos que narran el suceso con todo lujo de detalles. Constituye todo un acontecimiento en el sentido de Péguy, como una irrupción y brote intercalar que es capaz de generar rupturas inesperadas, cambios y bifurcaciones aún por explorar. Sin embargo, precisamente por su envergadura, en su caracterización se tienden a cometer algunos errores de peso que caricaturizan en exceso la heterogénea y compleja realidad del conflicto, y de un conjunto tan vasto como el de las comunidades mineras británicas.

Uno de los fenómenos más afectados por esta simplificación ha sido, sin duda, el del papel de la mujer en la huelga. Esta ha sufrido un sesgo que asumía en cierta forma su pasividad política por defecto, si acaso pasada por un ligero proceso de politización que más tarde habría abandonado. En realidad, el fenómeno es complejo, y necesitaría estudiarse atendiendo más atentamente a las acciones políticas cotidianas que rompen la dicotomía privado/político para recorrer unas contribuciones a los proyectos contrahegemónicos que tienen más que ver con las subjetividades asociadas a los procesos silenciosos que se deslizan por debajo de las instituciones tradicionales, y que inauguran o median otras. Unas instituciones y organizaciones que, dicho sea de paso, han tenido serias dificultades, a veces por su propia naturaleza y a veces por otros motivos, para integrar la potencialidad de acción de las estructuras femeninas que salieron de la huelga y que, al término de la misma, se vieron huérfanas de espacios lo suficientemente flexibles y complejos para acoger a un activismo que perseguía salvaguardar un enfoque holístico de la política como una acción en la que resultaban decisivos los vectores emocionales y de género que habían funcionado tan bien en los grupos de acción y de apoyo.



Es importante estudiar las enseñanzas de estos modelos de resistencia y ataque subterráneos porque son aquellos que hoy resultan particularmente útiles para la versión del capitalismo tardío vigente en los países centrales de la división internacional del trabajo, aquellos que poco a poco han ido abandonando los modelos de industria fordista y sus estructuras disciplinarias para hacerse un hueco y pegarse entre las subjetividades más profundas de nuestros modelos de acción, expectativas y esperanzas. En términos del filósofo Alberto Santamaría, si el nuevo capitalismo afectivo se encarga no ya de prohibir y castigar, sino de remedar los límites de lo decible y de lo pensable (Santamaría, 2018), el estudio de las experiencias enterradas donde se establecieron nuevos modelos de asociación y solidaridad mutuas parece más necesario que nunca, aunque sólo sea para recordarnos que no siempre hemos sido como somos.

Y el estudio de esta experiencia es particularmente relevante puesto que nos enfrentamos a una situación que, como todo, no tuvo por qué haber terminado como terminó. De modo muy historicista, tendemos a pensar que el final de este conflicto ya estaba escrito en piedra por la imparable apisonadora neoliberal de Thatcher y el gran capital, pero lo cierto es que hubo más que algunos titubeos y posibilidades de victoria para los mineros. Y esto es algo que se visualiza especialmente bien en una novela como GB84, que narra las esperanzas, los sueños y las vidas perdidas de aquellos que creían firmemente que iban a ganar. Decía Mark Fisher (2018) que desde el punto de vista de la eternidad todo es inevitable y todos somos spinozistas, pero la vida tiene que ser vivida “hacia delante”. ¿Qué hubiera pasado si los mineros hubieran ganado? ¿Hubieran proliferado esos grupos de acción femeninos que se disolvieron con la derrota pero que, al calor de la huelga y con el ánimo irrefrenable de una victoria histórica, podrían haber encontrado las afinidades necesarias para continuar? ¿Hubiera planteado esto nuevas formas de acción política que hoy siguen más o menos enterradas? Probablemente estas son preguntas de muy difícil respuesta y que deben tener en cuenta muchos otros factores, pero no deja de ser fructífero explorar esas posibilidades. Más aún si, a la manera de Benjamin (2008), rechazamos el historicismo en tanto que un modo de escribir la historia que acepta como ineluctables los sucesos históricos, es decir, la victoria de los dominantes. Una suerte de “empatía con los vencedores” enmarcada en el “tiempo geométrico” del positivismo que oponemos a una concepción arborescente de la historia (Bensaïd, 1995). Esta forma de entenderla pertenece a los vencidos y permite abrir en canal el pasado para encontrar “tiempos del ahora” en términos benjaminianos, esto es, momentos en los que el pasado choca con el presente y resurge en él (Benjamin, 2005). Y esto sólo es posible si entendemos que la imagen que formamos del pasado no es una verdad incólume, sino que, más bien al contrario, surge de los conflictos del presente (Traverso, 2019).

La novela de Peace es una construcción narrativa excelente a este respecto, que además pasea por debates de mucho interés. Sin ir más lejos, resulta central cómo en un contexto tan románticamente proletario como el que se vive en su narrativa, en el que los mineros luchan fervientemente por poder mantener su condición de tales, de pronto se encuentren, sorprendidos consigo mismos, con que no les apetece volver a la mina. Y es que, ¿por qué iba a querer nadie pasar 8 horas al día en un tortuoso orificio oscuro,



altamente peligroso, incómodo y que es posible que te haga contraer algún tipo de enfermedad pulmonar severa que acabe decidiendo tu muerte prematura? «Ya no quería bajar allí. Lo odiaba. Pero hoy no iba a dejar que se me notase». Pensándolo bien, ¿por qué iba a querer nadie entregar 8 horas de su tiempo (siendo optimistas), durante la mayor parte de su vida a un no-se-sabe-qué y a un no-se-sabe-quié tan solo a cambio de poder vivir? El derecho al trabajo frente al odio al trabajo, debates y ventanas que están aún muy pendientes de resolver, que se abren y resurgen periódicamente, en particular en momentos como el que describe la novela.

En definitiva, la reasignación de los roles y de las expectativas, en este caso de género, pueden contribuir a reformularnos preguntas como la de la naturaleza del trabajo en nuestras sociedades. También sobre las formas de organización y mediación del movimiento obrero en un momento histórico de reconstrucción de sujetos y tradiciones políticas donde, como ya anticipaba el viejo Lukács, sólo podemos actuar si somos conscientes de que nuestra época se parece menos a la de Marx y Engels, en la que se sucedían las huelgas masivas en Francia y surgían movimientos como el cartista en Inglaterra, y más a la de principios del siglo XIX, cuando escribieron Fourier o Sismondi (Lukács, 1971). Por eso, comprender la naturaleza de la acción política de las “mujeres mineras” nos puede facilitar el ensanchamiento de nuevas y más amplias formas de entender la organización y la actividad política, difuminando algunos debates poco fructíferos y unificando esferas como el trabajo y el hogar, lo público y lo privado, los afectos y la política con mayúsculas. Y hacerlo no por alguna suerte de altruismo esencialista de género, por una afirmación pueril de las bondades de la esencia de lo femenino que siempre llega tarde y nunca alivia la opresión en el *momento* en que ocurre, sino por un reconocimiento filosófico y político de las potencias de un sujeto que en su actividad cotidiana, y más tras su incorporación masiva al mercado de trabajo, es capaz de elaborar y reconstruir el funcionamiento total de la maquinaria productiva y reproductiva del capitalismo contemporáneo con cierta ventaja en un mundo donde la barrera entre lo laboral y lo no laboral se difumina, y la conciencia de clase espera nuevos instrumentos de mediación para cristalizar. Así, como hemos visto, en los tiempos de la huelga minera de 1984 se deslizó una potencia política dotada de ciertas características algo distintas de las del sujeto obrero tradicional, que incluían la vida privada en la reconstrucción de la conciencia política y que con ello difuminaban en algún sentido la distinción de lo público y lo privado. Sin embargo, esa potencia no pudo encontrar un cauce duradero, una herramienta de mediación política que le diera forma, y las instituciones tradicionales de un movi-

miento obrero instalado en el consenso socialdemócrata de los treinta gloriosos, donde el sindicato era casi un ministerio más, no estuvieron capacitadas, por su integración estatal y por su rigidez derivada de su naturaleza de herramienta, diríamos en términos clásicos, puramente económica, para integrar sus demandas y sus métodos.

Concluimos con un breve rodeo. Hegel insistió célebremente en su *Ciencia de la lógica* en que el medio es superior a los fines, y el arado más noble que los productos que se obtienen con él, pues el instrumento de trabajo es lo que se conserva, lo que confirma el dominio humano sobre la naturaleza, el conocimiento de su maleabilidad (Hegel, 1993). En el fin específico, sin embargo, se seguiría estando más bien sometido a ella –por ejemplo, en la necesidad de la comida y su finitud, su agotamiento–. Lo cual hacía que el momento crucial fuera precisamente la *conservación*, la *reproducción* de la propia herramienta y el momento reproductivo que supone el propio instrumento. En el proceso inmediato el fin domina al medio –usamos la herramienta con el fin de conseguir la comida, y eso parece lo esencial–, pero *desde el punto de vista de la totalidad* el medio prevalece, es lo conservado y lo que configura la forma de lo social, lo que desarrolla y en lo que cristalizan las potencias humanas. También de forma célebre, Georg Lukács entendió que precisamente eso era el núcleo esencial del proceso de hominización, así como la génesis de la ciencia, derivada de las necesidades prácticas, productivas y reproductivas, del trabajo *en la vida cotidiana* (Lukács, *Ontología del ser social: el trabajo*, 2016). La peculiaridad es que Lukács había utilizado este tropo hegeliano anteriormente de modo político: el Partido Comunista de *Historia y conciencia de clase* (Lukács, 1975) era precisamente una mediación, una herramienta que actualizaba políticamente este proceso inscrito en lo social.

Leyendo el marxismo y la elaboración de Lukács como él mismo reclamaba, esto es, de forma *metodológica*, es posible pensar en que el sujeto por excelencia de la reproducción, la porción femenina de la clase trabajadora, pueda intuir y contribuir a elaborar, por sus necesidades y sus criterios prácticos, una clase de herramientas organizativas y políticas que capten el sentido *total* del proceso de despliegue del capital en un mundo donde el capital es la *totalidad* del espacio de lo objetivo y lo subjetivo, donde las barreras se difuminan y el espacio organizativo clásico parece haberse debilitado. En qué medida esas herramientas pueden confluir con las anteriores, que de alguna forma también trataron de difuminar ciertas barreras de modo organizativo –piénsese, sin ir más lejos, en cuando el Lukács de los últimos capítulos de *Historia y conciencia de clase* subrayaba la disciplina y la solidaridad como los principios esenciales para entrar *con todo el cuerpo y toda la personalidad* en la vida cotidiana revolucionaria– y cómo deben concretarse es una cuestión que excede a este texto.

Pero la reconstrucción de este nuevo camino “de Fourier a Marx” pasa precisamente por la elaboración de esas herramientas, de las mediaciones adecuadas para hacer presente el mundo, la política y la vida cotidiana. Para, de nuevo, y con un sentido metodológico y no voluntarista, construir espacios y mediaciones donde “personalizar lo político” en el sentido antes descrito, posibilitando la reelaboración del “idioma propio” que fue robado tras derrotas como la de 1984. Un idioma entendido como una filología espacial, institucional, a partir de la cual volver a poder narrarnos políticamente desde la vida cotidiana. Y para ello no es útil mirar al pasado con ojos nostálgicos, sino tratar de reelaborar las potencias organizativas no realizadas que contiene, las recetas que quedaron a medio hacer, los experimentos que no se pudieron culminar. La huelga minera de 1984, y el rol organizativo, político, afectivo y narrativo del componente femenino de la huelga es, en este sentido, una reserva aún no demasiado explotada, todavía pendiente de elaboración y fértil en consejos y enseñanzas cotidianas para reconstruir un presente político, y un sujeto colectivo capaz de nadar e intervenir en él.



BIBLIOGRAFÍA

- Allen, M. (2001). Women, "Community" and the British Miners' Strike of 1984-85. En M. R. Allen, & S. Linkogle, *Women, "Community" and the British Miners' Strike of 1984-85 Women Resist Globalization: Mobilizing for Livelihood and Rights*. Londres: Zed Books.
- Ayala, V. L. (2009). *El pueblo en movimiento. La protesta social en Aragón (1885-1917)*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Benjamin, W. (2005). *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México D. F.: Ítaca.
- Bensaïd, D. (1995). *La discordance des temps*. París: Editions La Passion.
- Bericat, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers*, 145-176.
- Castells, M. (2000). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza.
- Darlington, R. (2014). An alterfactual methodological approach to labor history: the case of the British miners' strike 1984-1985. *Labor History*, 137-150.
- Fisher, M. (2018). *K-punk – Volumen 1*. Buenos Aires: Caja negra.
- Glyn, A. (1985). *The Economic Case Against Pit Closures*. Sheffield: National Union of Mineworkers.
- Hegel, Wilhelm Friedrich, G. (1993). *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Hernández, A. S., & López Rodríguez, M. E. (2017). Mujeres del carbón. Protestas y emociones en la reestructuración minera española. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales.*, 84-110.
- Hudson, R., & Townsend, A. (2005). *Coalfield regeneration 1981-2003 Employment and travel to Work*. Durham: Centro de estudios regionales de desarrollo, Universidad de Durham: oficina del Viceprimer Ministro.
- Lukács, G. (1971). *Conversaciones con Lukács*. Madrid: Alianza editorial.

- Lukács, G. (1975). *Historia y conciencia de clase*. Barcelona: Grijalbo.
- Lukács, G. (2016). *Ontología del ser social: el trabajo*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- Milne, S. (2018). *El enemigo interior. La guerra secreta contra los mineros*. Madrid: Alianza.
- OIT. (s.f.). Co45- *Convenio sobre el trabajo subterráneo (mujeres)*, 1935 (núm. 45). Obtenido de Sitio Web de la OIT: https://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=NORMLEXPUB:12100:0::NO::P12100_ILO_CODE:C045
- Roth, S. (2005). Brotherhood and exclusive solidarity organization. En H. Flam, & D. King, *Emotions and social movements*. Routledge.
- Santamaría, A. (2018). *En los límites de lo posible. Política, cultura y capitalismo afectivo*. Madrid: Akal.
- Seddon, V. (1987). *The Cutting Edge: Women and the Pit Strike*. Lawrence & Wishart Ltd.
- Shaw, M. P. (1993). *Women in Protest and Beyond: Greenham Common and Mining Support Groups*. Universidad de Durham.
- Spence, J. (1998). Women, Wives and the Campaign against Pit Closures in County Durham: Understanding the Vane Tempest Vigil. *Feminist Review*, 33-60.
- Spence, J. (2010). Activismo femenino, apoyo externo y aprendizaje en la huelga minera de 1984-1985. *Revista de la historia de la mujer*, 4-13.
- Spence, J. (2010). Female activism, external support and learning in the 1984-1985 miners' strike. *Women's History Magazine*, 4-13.
- Spence, J., & Stehpenon, C. (31 de Enero de 2007). *Female Involvement in the Miners' Strike 1984-1985: Trajectories of Activism*. Obtenido de Sociological Research online: <http://www.socresonline.org.uk/12/1/spence.html>
- Stephenson, C., & Spence, J. (2012). Pies and essays: women writing through the British 1984–1985 coal miners' strike. *Gender, Place & Culture*, 218-235.
- Suddick, A. (2005). The Past We Inherit, the Future We Build. *Capital & Class*.
- Todd, S. (2018). *El pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)*. Madrid: Akal.
- Traverso, E. (2019). *Melancolía de izquierda*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Waddington, D., Wykes, M., & Critcher, C. (1991). *Split at the seams? : community, continuity and change after the 1984-5 coal dispute*. Open University Press.